

- Obrero** De parte del señor Director, que vaya usted inmediatamente a la fábrica.
- Augusto** ¿Qué ocurre?
- Obrero** Que el señor Grunter... que el señor Grunter... ha sido encontrado en la carretera...
- Augusto** *(Impaciente.)* ¡Acaba!
- Obrero** En la cuneta de la carretera, muerto de una puñalada.
- Augusto** ¿Qué dices?
- Obrero** Y el autor *(Teresa y doña Angela suben las escaleras del jardín con las manos llenas de flores.)* es el señorito Joaquín. Le han detenido en el momento de entrar en la fábrica. *(Doña Angela da un grito y se le caen las flores de las manos. Teresa se apoya en el marco de la puerta. María queda sorprendida en la puerta derecha con la bandeja del desayuno entre las manos.)*
- Augusto** *(Al Obrero.)* ¡Bárbaro, bárbaro!... *(Corre a auxiliar a doña Angela. Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



## Acto segundo

*Despacho de Augusto Beltrán. Puerta al foro y a derecha, ésta con las colgaduras caídas. A la izquierda un balcón. En el mismo lado una mesa de despacho y dos grandes butacas de gutapercha. A la derecha, primer término, librería. Delante de ésta una chaise longue de gutapercha. En las paredes dibujos y planos de máquinas. Sobre la mesa un aparato de luz eléctrica apagado que jugará cuando se indique.*

### ESCENA PRIMERA

**AUGUSTO** y **HONTORIA**. *Augusto sentado ante la mesa y Hontoria en una de las butacas.*

- Hontoria** Tiene usted necesidad de descanso. Ha hecho usted muy mal en no acostarse.
- Augusto** ¿Qué iba a hacer! ¡Esa pobre doña Angela!... Luego en el Juzgado me han tenido dos horas... ¡Para nada!
- Hontoria** Bueno, pero ahora..., ¿por qué no se acuesta usted ahora?
- Augusto** Más tarde, si acaso. Ahora no dormiría.

### ESCENA II

**DICHOS**, **CLARA** y **VALDES** foro.

- Clara** *(Entra hablando desde la puerta.)* ¿Pero qué ha sido eso? Crean ustedes que estoy completamente aturdida... No he sabido nada hasta este momento. Me he pasado la mañana en Madrid, de compras y al volver me lo ha contado mi marido... ¡Jesús!... ¡Jesús, qué golpe para doña Angela!



**Augusto** ¡Figúrese usted!  
**Valdés** ¡A sus años!  
**Clara** Me han dicho que estaba aquí cuando recibió la noticia.  
**Augusto** Sí, aquí estaba.  
**Clara** Y fué de pronto, ¿verdad?, bruscamente (*Sentándose en la otra butaca. Valdés se sienta en la chaise longue.*)  
**Augusto** Un escopetazo.  
**Clara** ¡Pobre señora!  
**Valdés** ¡Qué impresión!  
**Augusto** ¡Calculen ustedes! Se nos cayó redonda al suelo. Yo no sé, no sé cómo no se mató. La llevamos a la cama... le han dado dos o tres ataques...  
**Clara** Es natural.  
**Augusto** ¡Y así estamos!  
**Valdés** ¡Pobrecilla!  
**Clara** Yo venía a verla.  
**Augusto** Ahora está descansando.  
**Valdés** Es mejor que la dejes.  
**Clara** Sí, sí, desde luego... ¡No fallaba más!... ¿Y Teresa?  
**Augusto** Pues lo mismo, igual... al lado de doña Angela... tirada en una butaca, llora que te llora.  
**Clara** Es claro.  
**Augusto** Es una criatura tan nerviosa, tan excitable...; la impresionan las cosas de una manera!  
**Valdés** Todas las mujeres son iguales.  
**Augusto** No; como la mía, ninguna. No tienen ustedes idea de cómo está. Se me va a poner enferma.  
**Clara** Es natural, Augusto.  
**Augusto** ¿Por qué, señora?  
**Clara** Jesús, por nada... por eso, porque es muy impresionable... ¿Usted cree que se puede estar impunemente al lado de una persona a quien le están dando ataques nerviosos? Crea usted que a mí me sucedería lo mismo.  
**Hontoria** Sí, eso es cierto.  
**Clara** Soy yo, que no me interesa, vamos, que no tengo con doña Angela y con Joaquín la intimidad que ustedes y estoy preocupadísima. Desde que lo he sabido no se me va de la cabeza. Bueno, ¿y qué ha sido?, cuéntenmelo ustedes.

**Augusto** ¿Pero no lo sabe usted ya?  
**Clara** A medias. Me lo ha contado éste; (*Señala a Valdés.*) ¡pero como éste es un hombre que no se entera nunca de nada!...  
**Hontoria** Crea usted que a veces es preferible.  
**Clara** A veces.  
**Augusto** Hontoria se lo contará; casi lo ha presenciado.  
**Valdés** ¡Ah! ¿Sí?  
**Hontoria** ¡Hombre, tanto como presenciado!...  
**Augusto** Bien; pero ha estado usted allí.  
**Hontoria** Eso sí.  
**Clara** Cuente usted, Hontoria; cuente usted.  
**Hontoria** Pues, verán ustedes: salí yo esta mañana muy temprano de casa, al clarear el día... las cuatro poco más o menos, con intención de sollar unos tiros. Tomé por la carretera y al llegar a unos doscientos metros de la cantina del Sordo, vi un grupo de gente: carreteros, aldeanos...; me acerqué a ver lo que era y me encontré al pobre Grunter tendido en el suelo, muerto.  
**Clara** ¡Ah!  
**Valdés** ¿Muerto?  
**Hontoria** Sí, muerto... caído así, (*Abriendo los brazos y bajando la cabeza para indicar que estaba bruces.*) en la cuneta de la carretera, con una puñalada aquí, (*Señalando la yugular.*) un charco de sangre...  
**Clara** ¡Qué horror!  
**Hontoria** Sí, muy horrible. Aquellos pazguatos no sabían qué hacer. Yo, naturalmente, envié en seguida un recado al juez y a la Guardia civil.  
**Clara** Es claro.  
**Hontoria** Vinieron en seguida; también llegó el médico... Reconoció el cadáver. Estaba caliente todavía.  
**Valdés** ¡Ah! De manera que el crimen debió cometerse...  
**Hontoria** Hacía muy poco.  
**Clara** Bueno, ¿y cómo se ha sabido que ha sido Joaquín?  
**Hontoria** Ah, por las declaraciones de todos. Verán ustedes; Joaquín y Grunter estuvieron toda la noche juntos.  
**Valdés** Sí, es verdad; los vimos nosotros.  
**Hontoria** Los vió todo el pueblo. A eso de la una en-



- traron en la cantina del Sordo. Iban los dos un poco...
- Valdés** Sí, también lo notamos. Se lo dije yo a Clara, ¿te acuerdas?
- Hontoria** A pesar de eso, quizá, por eso mismo, siguieron bebiendo de una manera desenfrenada, especialmente Grunter. Ya saben ustedes lo que ese hombre bebía. Luego, Joaquín quiso marcharse, pero el alemán, que estaba completamente ebrio, se empeñó en no soltarle. Parece que sobre esto tuvieron una disputa y que el alemán le quiso pegar, o le pegó... no sé... Lo cierto es que el dueño de la cantina los echó de allí y que ellos se marcharon por la carretera, regañando... Luego ya no se supo nada hasta las tres y pico, en que un carretero encontró el cadáver.
- Clara** ¿Pero Joaquín ha confesado?
- Hontoria** No, todo lo contrario. Jura y perjura que no ha sido él. Dice que se separó de Grunter a la una y media de la madrugada, casi en la puerta de la cantina, pero...
- Clara** ¿Qué?
- Hontoria** No sabe decir qué hizo desde esa hora. En su casa no estuvo; en la fábrica, tampoco. Fuera de esos dos sitios, ¿adónde podía ir? A esas horas, en un pueblo donde está todo cerrado...
- Valdés** Verdaderamente.
- Clara** Todo esto es muy extraño.
- Hontoria** No, ¿por qué?
- Clara** Ah, ¿usted cree...?
- Hontoria** ¿Qué duda cabe! La cosa no puede estar más clara ni más sencilla. Salieron juntos regañando... borrachos... se agrió la disputa... Grunter, como era tan bárbaro, le maltrataría, y él entonces... ¿no cree usted lo mismo, Beltrán?
- Augusto** Seguramente.
- Clara** Pues bien, yo no. Ustedes perdonen, pero yo no pienso como ustedes. Joaquín es incapaz...
- Valdés** Ten en cuenta que estaba algo...
- Hontoria** Que no estaba en su estado normal...
- Augusto** Desgraciadamente para él, no cabe duda.
- Clara** Entonces, ¿por qué se empeña en negar?
- Augusto** Eso le he dicho yo.

- Clara** Ah, ¿usted le ha visto?
- Augusto** Esta mañana.
- Valdés** ¿No está comunicado?
- Augusto** Esta mañana al menos...
- Hontoria** Ya saben ustedes lo que son los pueblos. Mientras no se encargue de la causa el juez de instrucción...
- Clara** ¿Y qué le ha dicho?
- Augusto** El nada. No he conseguido hacerle hablar. En cuanto me vió se puso muy pálido, bajó la cabeza y...
- Hontoria** Ha estado usted muy duro con él.
- Augusto** He estado justo.
- Clara** ¿Cómo! ¿qué le ha dicho usted?
- Augusto** Lo que en iguales circunstancias me habría dicho a mí mismo: Que es necesario decir la verdad. La verdad debe decirse siempre; en todos los momentos, en todas las ocasiones, en todos los conflictos, siempre la verdad. Ante todo, sobre todo, siempre la verdad. Aunque nos perjudique, aunque nos mortifique, aunque nos condene, aunque nos deshonre, siempre la verdad.
- Clara** Todo eso es muy bello en teoría, Augusto; pero en la vida...
- Augusto** La vida no es más que un medio para que triunfe la justicia, el bien y la verdad. Un hombre tiene derecho a todo, a todo menos a dos cosas: a hacer daño a sabiendas y a querer eludir con una mentira la responsabilidad de sus acciones, a intentar sustraerse a la justicia; no a la justicia humana, esa justicia convencional, ridícula y mezquina, que nosotros los hombres hemos inventado para perjudicarnos los unos a los otros, sino a la justicia única, inapelable, absoluta, que tarde o temprano nos ha de alcanzar y a la cual no es posible que nos podamos sustraer.
- Clara** ¿Eso le ha dicho usted?
- Augusto** Le he dicho más. Le he dicho: usted ha cometido un crimen abominable, pero hay algo que le disculpa a usted; estaba usted perturbado; no era usted dueño de su voluntad y de su razón. Pero ahora está usted ya sereno; en su estado normal. Hable usted, pues. Diga usted la verdad.
- Clara** ¿Y él?
- Augusto** El se acercó a mí y con la cabeza caída, los



ojos, tartamudeando, balbuciendo, me dijo: «Yo le juro a usted, Augusto, que no he matado a Grunter.» Entonces, ¿en dónde ha estado usted?

Clara Y él... ¿qué dijo?

Augusto No me contestó.

Clara ¿Nada?

Augusto Nada.

Clara ¿Y usted?

Augusto Yo no le dije más que esto: Joaquín, hasta aquí hemos sido dos buenos amigos. De hoy en adelante ya no podemos serlo. Yo le disculpo que en un momento de locura haya matado a un hombre; pero no puedo disculparle que en plena lucidez tenga la cobardía moral de empeñarse en negarlo. Yo le perdono que sea un homicida. Lo que no le puedo perdonar es que sea usted un miserable. Y me marché.

Valdés ¿Se marchó usted?

Augusto Me fui.

Clara ¡Pobre Joaquín!

Augusto No le compadezcan ustedes. Las almas pequeñas, las almas mezquinas no merecen compasión.

Clara Es usted implacable.

Augusto Soy justo. Si yo estuviera en el caso de él, pensaría lo mismo. No lo duden ustedes. Pensaría lo mismo. Para mí en el mundo no hay más que tres cosas grandes: la justicia, el bien y la verdad.

Clara Y el amor.

Augusto Cuando es bueno, verdadero y justo.

Clara Siempre lo es el amor.

Augusto ¿Siempre?

Clara Siempre. Porque cuando no es así no es tal amor.

Augusto Todo eso son frases. Además, ¿qué tiene que ver aquí el amor?

Clara Nada; pero como decía usted que en el mundo no hay más que tres cosas grandes... (Levantándose.)

Valdés ¿Nos vamos?

Clara No; digo, tú puedes irte si quieres. Yo pienso quedarme todavía un poco.

Valdés ¡Como te levantabas!...

Clara Voy a ver un momento a Teresa. ¿Estará en su cuarto?

Augusto Sí, con doña Angela.

Clara (Deteniéndose.) ¡Ah! entonces...

Augusto ¿Quiere usted que la llame?

Clara No, no; de ninguna manera... Ya la veré luego. (Se sienta en la chaise longue.)

Augusto Como usted guste.

Clara ¿Le ha contado usted su entrevista con Joaquín?

Augusto No... ¿para qué?

### ESCENA III

DICHOS. GALVEZ por foro.

Gálvez Buenas tardes.

Augusto Hola, Ramón.

Gálvez (Dirigiéndose a Clara muy afectuoso.) ¿Qué tal, señora? (Saludando a Valdés, que se habrá levantado al verle.) ¿Y usted, amigo Valdés? (A Hontoria, que no se ha movido.) A ti no te saludo. (Encarándose con Augusto.) Bueno, ¿y qué?, me han dicho que no se ha acostado usted todavía.

Augusto No he podido.

Gálvez ¡Pero hombre! ¡Va usted a estar destrozado esta noche! (Sentándose en la butaca que dejó vacante Clara.)

Hontoria No te molestes, ¡más que le he dicho yo!...

Gálvez ¿Y con la tarea que se dió usted ayer?

Hontoria Es inútil. ¡Es así! (Dando con los nudillos en la mesa.)

Augusto ¡Pero qué voy a hacer!

Gálvez Afortunadamente todo esto ya me lo había figurado. Por eso he venido.

Augusto ¿A qué?

Gálvez A decirle a usted que no se moleste en ir por la fábrica esta noche.

Augusto ¿Cómo?

Gálvez No hace usted allí falta ninguna. Ya nos arreglaremos como podamos.

Augusto Pero, ¿y usted?

Gálvez Yo he dormido maravillosamente; me acabo de levantar ahora mismo.

Augusto No, Ramón, muchas gracias.

Gálvez Supongo que no tendrá usted la pretensión de considerarse imprescindible.

Augusto ¡Hombre!

Gálvez Entonces...



**Augusto** Gracias, Ramón; es usted un buen amigo, pero no puedo aceptar.

**Gálvez** ¿Por qué?

**Augusto** Sería dar un mal ejemplo.

**Hontoria** ¡Qué tontería!

**Gálvez** Digo que está usted enfermo, y santas Pascuas.

**Augusto** Pero si no es verdad.

**Gálvez** ¿Y a usted qué le importa? Nadie ha de enterarse. Y aunque se enteren, señor, ¿qué? No se debe mentir.

**Augusto** ¡Qué tontería!

**Gálvez** Nada, es inútil, no te molestes.

**Hontoria** (A Augusto.) Como usted guste, pero conste que...

**Augusto** Gracias, Ramón, muchas gracias.

**Valdés** Bueno, ¿qué hay? ¿qué noticias nos trae usted?

**Gálvez** ¿Yo? Ninguna. Acabo de levantarme ahora mismo. Ustedes son los que deben contarme.

**Hontoria** Pues, nada... Todo está igual que esta mañana.

**Gálvez** ¿Sigue ese hombre sin hablar?

**Hontoria** Ni una palabra.

**Gálvez** ¿Qué extraño!

**Clara** No diga usted eso, porque se le van a echar encima todos estos señores.

**Gálvez** ¿Por qué?

**Clara** Porque se empeñan en que es la cosa más natural del mundo.

**Augusto** Natural, no.

**Clara** Bueno, explicable.

**Gálvez** ¡Ah!... ¿ustedes siguen creyendo?

**Augusto** Naturalmente.

**Hontoria** ¡Qué duda cabe!

**Clara** Usted no, ¿verdad?

**Gálvez** Yo no lo veo claro... encuentro muchas cosas confusas.

**Valdés** ¡Pobre Grunter!

**Gálvez** ¡Qué importa Grunter! Grunter es lo de menos. Crea usted que no se ha perdido nada.

**Augusto** No hable usted así, Ramón, era un semejante.

**Gálvez** ¡Qué había de ser eso un semejante, hombre! Eso era un tornillo, una rueda, una prolongación más de una máquina, un aparato de carne que en lugar de grasas y aceites engulía cerveza. ¿Se ha roto? Se busca

otro y en paz. Crean ustedes que por ahí no se ha perdido nada.

**Clara** Es usted terrible.

**Gálvez** Quien a mí me preocupa es Joaquín. Esa es la única, la verdadera víctima.

**Augusto** Sin embargo, desde el momento en que ha cometido un delito...

**Gálvez** ¡Pero si es que yo no creo que haya sido él!

**Hontoria** Las apariencias...

**Gálvez** Sí, son abrumadoras, brutalmente abrumadoras, pero no basta. Es necesario una prueba, ¿dónde está esa prueba?

**Clara** Lo mismo digo yo.

**Hontoria** Pero, ¿por qué calla?

**Gálvez** ¡Yo qué sé!

**Hontoria** Desengañate, si ese hombre pudiera justificarse, lo haría. Nadie es tan imbécil que se acuse a sí propio.

**Gálvez** Es que no sabemos las circunstancias en que ese hombre se encuentra.

**Hontoria** ¿Qué me quieres decir?

**Gálvez** Mira; hay un detalle muy significativo; fíjate bien. La disputa surgió porque Joaquín se quería marchar; ¿no es eso?

**Hontoria** Perfectamente; sigue.

**Gálvez** El dice que se fué.

**Hontoria** ¿Adónde?

**Gálvez** Eso es lo que es necesario averiguar.

**Hontoria** Si fuera eso verdad ya lo diría él.

**Gálvez** ¿Y si no puede decirlo?

**Hontoria** ¿Por qué?

**Gálvez** Qué sé yo... por... figúrense ustedes que ha estado con una mujer...

(Augusto le mira fijamente; luego apoya la cabeza en la mano y el codo en la mesa y queda pensativo.)

**Hontoria** ¿Con una mujer?

**Gálvez** Sí, una mujer a quien no pueda, a quien no quiera comprometer...

**Hontoria** ¿Tú crees?...

**Gálvez** No creo nada. He dicho esto como podía haber dicho otra cosa. Es lo primero que se me ha ocurrido... ¡Pero si es que dándole vueltas al asunto!...

**Hontoria** Dios te conserve la imaginación.

**Gálvez** Y la lógica.

**Hontoria** ¿Qué es eso, Augusto? ¿Se duerme usted?



**Augusto** (*Behaciéndose.*) No; es que estoy un poco fatigado.  
**Hontoria** Es claro.  
**Gálvez** Como que necesita usted descansar. Ea, vámonos para que usted se acueste.  
**Augusto** Es inútil; no dormiría.  
**Gálvez** Pero al menos descansará.  
**Augusto** No; voy a salir con ustedes a dar una vuelta. (*Levantándose también.*) Esto es nervioso y seguramente se me pasará dándome el aire.  
**Gálvez** Como usted quiera.  
**Augusto** Sí; vámonos. ¡Teresa!... ¡Teresa!...

#### ESCENA IV

DICHOS, TERESA y MARIA

**Teresa** (*Desde el umbral puerta derecha.*) ¿Me has llamado?  
**Maria** (*Por el foro.*) ¿Llamaba el señor?  
**Augusto** (*A María.*) No. (*A Teresa.*) Voy a salir a dar una vuelta. Volveré en seguida.  
**Teresa** Bueno.  
*(Se acercan todos a saludar.)*  
**Gálvez** (*A Teresa.*) ¿Y doña Angela?  
**Teresa** Llorando... pero más tranquila.  
**Valdés** (*A Clara.*) ¿Te quedas?  
**Clara** Sí, un momento.  
**Valdés** Bueno, pues adiós.  
*(Vanse todos menos Clara y Teresa.)*

#### ESCENA V

TERESA y CLARA

**Clara** (*Muy cariñosamente.*) ¿Cómo estás, Teresita?  
**Teresa** Ya ves.  
**Clara** Sí, hija, sí; ya veo... ¿Y doña Angela? (*Se sientan en la chaise longue.*)  
**Teresa** Llorando... empeñada en ver a su hijo.  
**Clara** ¡Pobre mujer!  
**Teresa** Quiere verle, hablarle... convencerse por sí misma de lo que ha ocurrido.  
**Clara** Es natural.  
**Teresa** Dos o tres veces ha querido vestirse... me ha costado un trabajo enorme convencerla.

**Clara** Claro, la excitación.  
**Teresa** No, si ahora está muy tranquila. Una tranquilidad que espanta... un dominio de sí misma...  
**Clara** ¡Ah! ¿sí?  
**Teresa** Yo creo que es la misma tensión nerviosa... Cuando venga la depresión va a ser horrible. No la va a poder resistir.  
**Clara** ¡Mujer!  
**Teresa** Doña Angela no aguanta este golpe. Tú no sabes lo que quiere a Joaquín.  
**Clara** ¡Qué disgusto!  
**Teresa** ¡Oh!  
**Clara** ¿Y tú?  
**Teresa** Figúrate.  
**Clara** ¿Estarás aturdida?  
**Teresa** Sí, aturdida, atontada. Parece que me han dado un golpe en la cabeza.  
**Clara** Pues es necesario que te domines...  
**Teresa** ¿Qué?  
**Clara** Que te domines, que te rehagas. Te advierto que tu marido...  
**Teresa** ¿Mi marido?  
**Clara** Tu marido empezará a sospechar.  
**Teresa** ¿A sospechar? ¿De qué?  
**Clara** Teresa, ¿por qué no tienes confianza conmigo?  
**Teresa** ¿Qué dices?  
**Clara** Haces mal, muy mal. Yo te quiero muchísimo; siempre te quise mucho y ahora más.  
*(Secamente.)* No te entiendo.  
**Teresa** No finjas conmigo. Es inútil. Lo sé.  
**Teresa** ¿Tú?  
**Clara** Hace ya mucho tiempo. No te he querido nunca decir nada, ¿para qué? Desde el momento en que tú no tenías confianza conmigo...  
**Teresa** ¡Clara!  
**Clara** Si te lo digo ahora es porque las cosas han venido así... porque te veo sufrir... porque me das muchísima pena.  
**Teresa** ¡Tú sabías!...  
**Clara** Sí; lo sabía... Muchas noches... yo también me acuesto muy tarde... pensando... soñando... asomada a la ventana de mi alcoba, sola y a oscuras, vi a Joaquín salir de tu cuarto.



**Teresa** (*Bajando la voz y mirando alrededor asustada.*) ¡Calla!

**Clara** (*Bajando también la voz.*) Le vi salir. Y yo que siempre te había querido mucho, desde entonces te quise más... No sé por qué... Acaso porque no era yo la única... porque estábamos ligadas por el mismo delito.

**Teresa** Pero tú no se lo habrás dicho a nadie... No lo sabrá nadie.

**Clara** ¡Nadie! ¡Nadie!

**Teresa** ¡Ah!

**Clara** No lo sabemos más que tú y yo y él.

**Teresa** ¿Joaquín?

**Clara** Sí, Joaquín y... él.

**Teresa** ¿Tu marido?

**Clara** No...

**Teresa** ¡Ah!... ¿se lo has dicho?

**Clara** Le vió una noche.

**Teresa** (*Levantándose muy nerviosa.*) ¡Jesús, qué locura, qué imprudencia!

**Clara** ¡Mujer!

**Teresa** De manera que además de saberlo tú lo sabe otra persona... ¡un hombre!

**Clara** Tranquílzate. Es un caballero.

**Teresa** Sí, pero...

**Clara** ¡Es lo mismo que si fuera Joaquín!... ¡Y ya ves que Joaquín!...

**Teresa** Joaquín se callará.

**Clara** ¡Claro!

**Teresa** Pero es que Joaquín es un chiquillo, una criatura, está loco por mí... está ciego... No, él no me comprometerá nunca... ¡nunca!... Además, (*Sentándose otra vez en el sofá y acercándose a Clara.*) aunque quisiera no podría... aunque él dijera... ¿comprendes?... con que yo negara... ¿cómo lo iba a probar?

**Clara** ¡Teresa!

**Teresa** No lo creería nadie.

**Clara** Eso no; porque él tendrá pruebas de tu amor.

**Teresa** Ninguna.

**Clara** ¿Cómo? ¿No tiene cartas tuyas? ¿No le has escrito nunca?

**Teresa** Nunca.

**Clara** ¡Eres muy cauta!

**Teresa** Una mujer casada no debe jamás comprometerse.

**Clara** De manera que tú vas a dejar a ese hombre...

**Teresa** ¡Qué remedio me queda!

**Clara** ¿No vas a hacer nada por salvarle?

**Teresa** ¿Pero qué voy a hacer?

**Clara** ¿A sabiendas de que es inocente, de que calla por ti? ¡Es horroroso, Teresa!

**Teresa** Sí, es horroroso, es horrible. ¡Pero qué voy a hacer!

**Clara** No sé... algo.

**Teresa** Eso no es decir nada.

**Clara** Jesús... no sé... en este momento no se me ocurre nada... pero yo buscaría, yo encontraría un medio.

**Teresa** No hay más que uno. Decir...

**Clara** ¡Ah! pues lo diría.

**Teresa** ¿Estás loca?

**Clara** Sí; lo diría... puesta en ese terreno...

**Teresa** No lo harías.

**Clara** ¡Que no!

**Teresa** No.

**Clara** ¡No lo había de hacer!

**Teresa** Sería una locura.

**Clara** Sería lo que tú quisieras.

**Teresa** ¿Pero no comprendes que no es posible?

**Clara** Lo que no comprendo es que abandones a ese hombre. Tú no tienes corazón, Teresa.

**Teresa** En este momento no me sirve de nada.

**Clara** ¿No le quieres?

**Teresa** ¡Con toda mi alma! Por él daría mi vida si mi vida bastase. Pero hay algo que está por encima de la vida y por encima del amor.

**Clara** Por encima del amor no hay nunca nada.

**Teresa** ¡El honor del nombre!

**Clara** ¡El honor!

**Teresa** No tengo derecho a deshonorar a mi marido.

**Clara** ¡Pero qué extraña moral es la tuya! ¿A qué llamas tú deshonor? ¿A que el mundo no lo sepa? (*Teresa calla.*) Es decir, que a ti no te importa engañar a tu marido, lo que te horroriza es el escándalo.

**Teresa** ¡Clara!

**Clara** Es decir, que por miedo al escándalo, con tal de que el nombre de tu marido, ese nombre que todas las noches manchabas con tus besos, no rueda por la calle, eres capaz de sacrificar hasta lo más sagrado, la vida del hombre a quien dices que quieres.

**Teresa** A quien quiero.

**Clara** ¡Mentira! ¡No le quieres! (*Con energía.*) Si le



quisieras saltarías por todo. Si le quisieras no te importaría ¡nada!, ni tu marido, ni su nombre, ni su reputación, ni tu honra, nada. Todo eso no vale nada cuando se ama de veras.

**Teresa** ¡Claro! ¡Como que a ti nada te importa! ¡Como te tiene el mundo sin cuidado!...

**Clara** No, es que soy más leal, mucho más leal que tú. Antes de rendirme al hombre a quien amaba, dudé mucho, vacilé mucho, me defendí muchísimo, ¡quizá más que tú! Pero cuando me entregué, me entregué sin reservas, toda y por entero. Desde el primer momento supe a lo que me exponía, todo lo que me jugaba, y cuando llegó el momento de juzgármelo me lo jugué todo, ¡todo! No me importó nada de nada. Me tuvo sin cuidado que el mundo lo supiese y que mi marido se enterase. No sé si se ha enterado. De que el mundo lo sabe estoy segura. Me lo han dicho las miradas, las frases maliciosas, el desvío de ciertas gentes que se dicen honradas. No me importa. El que quiera aceptarme tal como soy, que me acepte. A los demás no los necesito. Yo con mi amor tengo bastante.

**Teresa** ¡Y cómo te ves! ¡Cómo se ve tu pobre marido!

**Clara** Como se verá el tuyo.

**Teresa** No; ¡nunca! ¡jamás! Yo a mi marido no le dejaré nunca en ridículo.

**Clara** Pero en cambio consentirás que vaya a presidio un inocente. *(Teresa baja la cabeza sin contestar.)* No, Teresa, no es posible. Es necesario salvar a ese hombre.

**Teresa** No veo cómo.

**Clara** Busquemos, pensemos...

**Teresa** Lo he pensado todo.

**Clara** ¿Y no encuentras un medio?

**Teresa** No le hay.

**Clara** ¿Ninguno?

**Teresa** ¡Ninguno!

### ESCENA VI

DICHAS; DOÑA ANGELA por derecha.

**Teresa** *(Levantándose del sofá y saliendo al encuentro de doña Angela.)* ¡Doña Angela!

**Clara** *(Lo mismo.)* ¡Señora!

**Teresa** ¿Pero qué ha hecho usted?

**Clara** ¿Cómo se ha atrevido?

**Teresa** ¡Jesús!... ¡Jesús!...

**Angela** *(Rechazando el apoyo que la ofrecen.)* Gracias... estoy muy bien... me encuentro muy fuerte.

**Clara** Venga usted, doña Angela; siéntese usted aquí. *(Queriendo conducirla a la chaise longue.)*

**Angela** No... dejadme... Os digo que me encuentro muy bien... Nunca me he sentido más fuerte ni con más energías.

**Clara** ¡Ya lo creo!

**Teresa** Pero de todos modos es una imprudencia.

**Angela** Teresita, yo quiero ver a mi hijo.

**Teresa** ¡Otra vez!

**Angela** Sí... quiero verle, necesito verle.

**Teresa** Le verá usted.

**Angela** ¿Cuándo?

**Teresa** Mañana.

**Angela** No, ahora.

**Teresa** Ahora no puede ser.

**Angela** ¿Por qué?

**Teresa** Está usted muy débil.

**Angela** No lo creas... estoy muy bien. Además no iré sola. Tú me acompañarás.

**Teresa** ¿Yo?

**Angela** Sí, iremos juntas... le hablaremos las dos. Y como para mí no tiene secretos, como no es posible que para mí tenga secretos, nos lo dirá todo, nos contará todo lo que ha pasado. Yo necesito salir de dudas. Yo necesito saber la verdad.

**Teresa** Sí, pero es que...

**Angela** Anda, vamos, Teresita.

**Teresa** No. Ahora no puede ser.

**Angela** Pero, ¿por qué?

**Teresa** Tenga usted en cuenta que Joaquín estará incomunicado.

**Angela** ¿Incomunicado?

**Teresa** Naturalmente.

**Angela** Para mí, no.

**Teresa** Para todo el mundo.

**Angela** No, para mí, no... Yo le pediré por favor a quien sea y no me lo negarán. ¿Verdad, Clara, que no me lo negarán?

**Clara** No, señora.

**Angela** ¿Lo ves?



**Teresa** Espere usted a mañana. Está usted muy débil, muy nerviosa... una emoción podría perjudicarla.

**Angela** ¡Si lo que me perjudica es la duda! ¡Si es la duda la que me está matando!... Yo estoy segura de que Joaquín no ha hecho eso... Joaquín es inocente... ¿No es verdad que vosotras lo creéis también? (*Apoyándose en los brazos de Clara y Teresa.*)

**Clara** Sí, señora.

**Angela** ¿Y tú, Teresita?

**Teresa** No sé, doña Angela.

**Clara** ¡Teresa!

**Teresa** Sí, sí... yo lo creo también.

**Angela** Entonces vamos a verle. ¿Por qué me retardáis la satisfacción de que él me lo confirme? Porque él me lo confirmará, ya veréis... Dicen que no quiere hablar, que no quiere decir nada... a mí me lo dirá... ¿Cómo va él a tener secretos para mí!... ¡Pobre hijo mío!... (*A Clara.*) ¿Qué razón tenía usted esta mañana cuando me aconsejaba que no le dejase ir con ese hombre! ¡Parecía que se lo decía a usted el corazón!

**Clara** Sí, doña Angela; me lo decía el corazón.

**Angela** Por supuesto que él no ha sido. ¡Si no es posible que haya sido!... ¡Si es muy bueno! Usted le conoce poco, le ha tratado muy poco, pero que le diga a usted Teresita. ¿Verdad, Teresita?

**Teresa** Sí, es muy bueno.

**Clara** Demasiado bueno.

**Angela** No tiene malicia ninguna. Es todo corazón.

**Clara** ¡Demasiado corazón!

**Angela** De todos modos, yo necesito salir de dudas. Yo necesito saber la verdad por amarga, por dura, por dolorosa que sea. Yo necesito saber lo que ha pasado, cuál es la verdadera situación de mi hijo; si es inocente, para proclamar ante el mundo entero su inocencia, sobre todo, por encima de todo. Si es culpable, para llorar con él, para morirme de desesperación y de pena.

**Clara** Doña Angela, no lllore usted. Su hijo es inocente.

**Angela** (*Con ansiedad.*) ¿Verdad que sí?

**Clara** (*Con valentía.*) Sí, es inocente. ¡Yo se lo juro a usted!

**Angela** (*Cogiéndole las manos.*) ¿Usted lo sabe?

**Teresa** ¡Clara!

**Clara** No sé nada... Pero me lo dice el corazón.

**Angela** (*Con desaliento.*) ¡Ah!

**Clara** Ya sabe usted que a mí el corazón no me engaña nunca.

**Angela** Creí que... (*Se va hacia la chaise longue, se sienta y se cubre la cara con las manos.*)

**Clara** (*A Teresa en voz baja pero con gran energía.*) ¡Infame! ¡Infame! (*Corriendo hacia el sofá y sentándose al lado de doña Angela.*) Doña Angela... por Dios, vamos, doña Angela... no se ponga usted así... Yo le aseguro que su hijo es inocente... sí, es inocente... yo se lo juro a usted.

**Angela** (*Levantando la cabeza.*) ¿Verdad que sí?

**Clara** Sí, señora.

**Angela** ¿Y lo descubriremos, lo averiguaremos?

**Clara** Sí, señora.

**Angela** ¿Y lo diremos ante el mundo entero?

**Clara** Sí, señora.

**Angela** ¿Cómo?

**Clara** No sé... pero lo sabremos. No le quepa a usted duda.

**Angela** Es usted muy buena, Clarita, muy buena.

**Clara** ¡Y eso que me creía usted tan mala!

**Angela** Ahora te creo muy buena... Déjame que te bese... (*La coge la cabeza entre las manos y la besa en la frente.*) Eres muy buena. (*Pausa larga. Levantándose bruscamente y avanzando hasta el centro de la escena.*) Pero yo necesito ver a mi hijo... Vamos, Teresa, vamos. (*Estrechándole las manos.*) Yo te lo ruego, te lo suplico... por lo que más quieras en el mundo. Por tu marido, por mí, por mi hijo...

## ESCENA VII

DICHAS; AUGUSTO, *foro.*

**Augusto** (*Sorprendido al ver a doña Angela.*) ¡Cómo! ¿Levantada?

**Angela** (*Corriendo al encuentro de Augusto.*) ¡Cuánto me alegro de que venga usted!

**Augusto** ¿Por qué, señora?

**Angela** Para que me ayude a convencer a Teresita.

**Augusto** ¿A Teresa? ¿Para qué?



**Angela** Para que me deje ir a ver a mi hijo.  
**Augusto** Pero si Teresa, seguramente; no se opone a eso.  
**Angela** Sí, si no me deja.  
**Augusto** ¡Bah! ¡Cómo se ha de oponer Teresa a semejante cosa! Eso es que usted la ha entendido mal o que ella no se ha expresado bien. Lo que indudablemente Teresa ha querido decir es que usted no se encuentre tal vez lo bastante fuerte... acaso tema y con razón...  
**Teresa** Naturalmente.  
**Augusto** ¿Ve usted?  
**Angela** Pero si la he dicho que me encuentro muy bien.  
**Augusto** De todos modos...  
**Angela** Augusto, yo necesito ver a mi hijo; yo necesito saber por él mismo qué es lo que ha pasado. Yo tengo derecho a saber la verdad.  
**Augusto** ¡Quién lo duda!  
**Angela** Entonces...  
**Augusto** ¿De veras se encuentra usted con ánimos?  
**Angela** (Con energía.) ¡Para ir al fin del mundo!  
**Augusto** ¿De veras?  
**Angela** Se trata de mi hijo.  
**Augusto** Pues bien, sí, vaya usted. Teresa, acompaña la.  
**Teresa** ¿Yo?  
**Angela** No, no; prefiero que me acompañe usted, Augusto.  
**Augusto** ¡Señora!  
**Angela** ¡Tampoco usted! (Con amarga sorpresa.)  
**Augusto** Señora... yo estoy siempre incondicionalmente a sus órdenes. Yo voy con usted adonde usted quiera. Pero le voy a hablar con franqueza. Usted sabe que yo no miento nunca. Esta mañana he tenido con Joaquín una escena desagradable, un poco violenta... demasiado violenta... Sería para mí muy doloroso que volviera a repetirse delante de usted.  
**Angela** Una escena violenta... con mi hijo...  
**Augusto** Señora, yo soy un hombre sincero... no sé fingir...  
**Angela** ¡Ah! Usted cree que Joaquín... (Augusto baja la cabeza y se encoge de hombros con gesto doloroso.) ¡Pobre hijo mío!  
**Augusto** Teresa la acompañará a usted.  
**Angela** Teresa no quiere.  
**Augusto** ¿Cómo? Teresa, ¿por qué no quieres acompañar a doña Angela?

**Teresa** Estoy muy mala, muy nerviosa...  
**Augusto** Haces un esfuerzo. Doña Angela quiere ver a su hijo, y no puede, no debe ir sola.  
**Teresa** ¡Te advierto que estoy muy mala!  
**Angela** No la fuerce usted, Augusto. Estas cosas se hacen de buen grado o no se hacen.  
**Teresa** ¡Doña Angela!  
**Angela** Iré sola.  
**Clara** Yo la acompañaré a usted.  
**Angela** ¿Usted?  
**Teresa** ¡Clara! (Mirándola fijamente.)  
**Clara** (La mira, se encoge desdeñosamente de hombros y se acerca luego a doña Angela.) Vamos, doña Angela.  
**Teresa** (Vivamente.) No, no, yo también voy.  
**Angela** (Secamente.) Gracias, me acompaña Clarita. (A Clara.) ¿Vamos?  
**Clara** Vamos, doña Angela. (La ofrece el brazo y avanzan juntas hacia izquierda.)  
**Angela** (A Clara, cerca de la puerta.) ¡Qué buena eres, Clarita; qué buena eres! (Salen.)

### ESCENA VIII

TERESA y AUGUSTO. Empieza a anochecer.

**Augusto** ¿Te parece bien lo que has hecho? (Teresa calla.) ¿Por qué no has querido acompañar a doña Angela?  
**Teresa** ¿Y tú?  
**Augusto** ¿Yo? Bien claro lo he dicho. Porque después de la escena que Joaquín y yo hemos tenido esta mañana, era muy doloroso que volviéramos a vernos delante de su madre.  
**Teresa** ¿Qué escena ha sido esa?  
**Augusto** Una escena muy violenta y muy dura.  
**Teresa** Es decir, que has ido a amargarle más su situación.  
**Augusto** He ido a decirle lo que le debía decir.  
**Teresa** ¿Qué le has dicho?  
**Augusto** Conociéndome a mí y conociéndole a él, puedes suponerlo.  
**Teresa** Sí.  
**Augusto** Por eso no he querido acompañar a doña Angela. Pero, ¿y tú? ¿Por qué no has ido tú?  
**Teresa** Mira, Augusto, yo estoy muy nerviosa... a mí estas cosas me impresionan mucho, no lo puedo remediar.



**Augusto** No es razón.  
**Teresa** Imagínate la escena que tendrán madre e hijo... ¡Figúrate! Gritos, llantos... Yo no puedo ver estas cosas. Me costaría una enfermedad. *(Se sienta en una de las butacas frente a la mesa.)*

**Augusto** *(Sigue de pie.)* Sin embargo, hay que sobreponerse... hacer un esfuerzo. Precisamente para estas ocasiones son los amigos verdaderos. No es en la dicha donde se conocen, es en la adversidad y en el dolor. Tú has debido hacer un esfuerzo y acompañar a doña Angela.

**Teresa** Sí, tienes razón; he debido ir.  
**Augusto** Pero no has ido.  
**Teresa** Ya ves cómo luego dije que sí.  
**Augusto** Lo dijiste cuando ya no era tiempo. Doña Angela se ha ido disgustada y con razón. ¿Con qué cara vamos a recibirla cuando vuelva? ¡Si vuelve!... ¡Ah!, si no vuelve tienes que ir a su casa.

**Teresa** *(Abatida.)* Iré, Augusto.  
**Augusto** Irás y le darás todo género de satisfacciones; sólo así podrás enmendar lo que has hecho esta tarde.

**Teresa** Iré, Augusto, iré. *(Se reclina en el brazo de la butaca.)*

**Augusto** *(Pasea, con la cabeza baja, pensativo. Deteniéndose de pronto ante ella y con tono cariñoso.)* ¿De veras estás mala?

**Teresa** No... un poco nerviosa nada más.  
**Augusto** *(La mira fijamente; luego se inclina sobre ella y le coge una muñeca.)* A ver... Tienes fiebre.

**Teresa** No.  
**Augusto** Sí. *(Poniéndole la mano en la frente y cogiéndole luego otra vez la muñeca.)* ¿Qué tienes? *(Se sienta a su lado.)*

**Teresa** *(Sonriendo.)* Nada.  
**Augusto** *(Acercándose a ella, estrechándole las manos y con mucha ternura.)* ¡No te me pongas mala!

**Teresa** Si no es nada, Augusto... ya te digo... un poco nerviosa... la impresión.

**Augusto** Te afectas demasiado.  
**Teresa** ¡Qué quieres! ¡No lo puedo evitar!  
**Augusto** Pues es necesario que te domines, que tengas energía. Todo esto es muy triste, muy

doloroso, pero ni tú ni yo lo podemos remediar. Ea, se acabó; no quiero verte así.  
**Teresa** Pero si...  
**Augusto** Vas a conseguir ponerte enferma.  
**Teresa** Ten en cuenta que la impresión de esta mañana ha sido muy brusca... me ha cogido de sorpresa... quién iba a suponer...  
**Augusto** Sí, tienes razón; todo eso es verdad. Pero pasada esa impresión debes sobreponerte y pensar friamente que con afectarse de ese modo no resuelves nada. Miranos a los demás. A su misma madre. Diríase que hasta ella está más tranquila que tú.  
**Teresa** ¡Si la hubieras visto llorar!  
**Augusto** Habrá llorado todo lo que quieras. Pero mírala ahora. Se ha ido a ver a su hijo. Lo que tú no has tenido valor de hacer. Y no creo que tengas la pretensión de querer a Joaquín más que su madre. *(Como si de pronto le hubiera asaltado una sospecha, se queda mirando fijamente a Teresa.)* ¡Teresa!  
**Teresa** ¡Qué!  
**Augusto** Nada. *(Se levanta y se pone a pasear otra vez. Pausa larga.)*

**Teresa** ¿No te acuestas?  
**Augusto** *(Secamente.)* No.  
**Teresa** Vas a estar rendido esta noche. *(Augusto se encoge de hombros sin contestar, y sigue paseando. Levantándose y acercándose a él.)* No seas terco... acuéstate... te sentará bien.

**Augusto** ¡Déjame! *(Rechazándola.)*  
**Teresa** *(Acercándose otra vez a él.)* Siquiera un par de horas. *(Augusto no contesta.)* ¿Ves cómo tú también estás preocupado?  
**Augusto** *(Deteniéndose y mirándola.)* Más de lo que tú supones.

**Teresa** ¿Ves?  
**Augusto** Teresa, esta mañana tenía yo la convicción completa, absoluta, de que Joaquín era culpable.

**Teresa** ¿Y ahora?  
**Augusto** Ahora... no lo sé.  
**Teresa** Pues no te preocupes. Desgraciadamente para él no hay duda alguna.

**Augusto** ¿Lo crees tú así?  
**Teresa** Y tú también.  
**Augusto** No.  
**Teresa** ¿Por qué?



- Augusto** No sé... por muchas cosas. Palabras sueltas, que cuando las oí por vez primera me parecieron locas y descabelladas, pero que luego, poco a poco, a medida que las he ido analizando y depurando y midiendo se me antojan cada vez más razonables, más claras y más lógicas.
- Teresa** Bien, déjalo; no te preocupes. Como decías muy bien hace poco, esto es muy triste, muy doloroso, pero ni tú ni yo lo hemos de remediar. No hablemos más de ello.
- Augusto** Al contrario, hablemos.
- Teresa** ¿Pero qué vamos a hablar?
- Augusto** Ven, Teresa, siéntate aquí y razonemos juntos. (*Llevándola a la chaise longue, obligándola a sentarse en ella y sentándose él a su lado. Sigue anocheciendo.*) Tú sabes que la primera disputa entre Joaquín y Grunter surgió porque Joaquín quería marcharse.
- Teresa** Eso me has dicho.
- Augusto** Así fué. Y... ¿adónde quería marcharse Joaquín?
- Teresa** ¡Qué sé yo!
- Augusto** Pensemos. ¿Adónde podía ir Joaquín a esas horas?
- Teresa** No sé... a su casa.
- Augusto** Bien, a su casa; sigamos. Joaquín dice que consiguió separarse de Grunter.
- Teresa** (*Vivamente.*) Pero no se separó.
- Augusto** Supongamos que se separó. Se separó de Grunter, ¿y adónde fué? (*Teresa se encoge de hombros.*) ¿A su casa?—No.—No estuvo en su casa. ¿A la fábrica?—Tampoco.—¿Adónde fué? ¿Adónde crees tú, Teresa, que puede ir un hombre en este pueblo a las dos de la madrugada?
- Teresa** ¡Qué sé yo!
- Augusto** ¿No se te ocurre?
- Teresa** No.
- Augusto** Piensa.
- Teresa** No sé.
- Augusto** ¿No se te ocurre que pudo ir a ver a una mujer?
- Teresa** ¡Augusto!...
- Augusto** ¿Qué tiene de particular que un muchacho de veinticinco años quiera a una mujer?
- Teresa** No, nada.
- Augusto** Entonces...

- Teresa** Sí, es posible.
- Augusto** Eso está de acuerdo con lo que su madre nos decía esta mañana.
- Teresa** Sí, puede ser.
- Augusto** Fué a ver a una mujer, y esta mujer, es una mujer casada. Porque si no fuera casada, no tendría miedo de comprometerla. Quedamos, pues, en que es una mujer casada. Ahora bien; ¿qué mujer es ésta? Tú, que como es natural, conoces mejor que yo a las mujeres de este pueblo, ¿di, no sospechas quién pueda ser?
- Teresa** No.
- Augusto** Piensa bien.
- Teresa** No sé.
- Augusto** Te voy a dar un dato. Si esta mujer recibía de noche a Joaquín en su casa, es porque estaba segura de que su marido no había de sorprenderla... su marido estaba fuera... trabajando quizá... quizá en la fábrica.
- Teresa** ¿Qué pretendes? (*Incorporándose.*)
- Augusto** Cálmate y no te alteres. Estamos en el terreno de las suposiciones.
- Teresa** Pero ¿por qué ha de ser una mujer del pueblo? ¿Tú mismo creías esta mañana?...
- Augusto** Esta mañana creía yo muchas cosas en las cuales no creo ya. ¡Creía hasta en ti!
- Teresa** ¡Augusto! (*Levantándose.*)
- Augusto** (*Levantándose también.*) ¡Creía hasta en ti!
- Teresa** ¿Conque era de mí? ¿Era de mí de quien dudabas? ¡Jesús!... ¡Jesús!... (*Tapándose la cara con las manos y retrocediendo.*)
- Augusto** (*Desconcertado, avanza hacia ella.*) ¡Teresa!
- Teresa** ¡Quita! (*Rechazándole.*)
- Augusto** Hay un medio para que me convenza de lo contrario. (*Poniéndose el sombrero que dejó sobre una silla y retrocediendo hacia foro.* Teresa le mira.) Vamos a ver a Joaquín. (*Teresa se estremece.*) Yo soy un hombre leal. Nada me importa cuando se trata de saber la verdad. Delante de mí, y frente a frente, no sabrás fingir. Vamos.
- Teresa** No.
- Augusto** ¿Ves?
- Teresa** No, eso es una humillación y una bajeza.
- Augusto** No hay bajeza cuando se trata de saber la verdad.
- Teresa** No voy.



- Augusto** (*Avanzando hacia ella.*) No vas porque tienes miedo, porque sabes que te venderías viéndole cara a cara y frente a frente... Por eso no has ido con su madre, porque has tenido miedo de que él se vendiese y de venderte tú.
- Teresa** ¡Estás loco!... ¡Estás loco!...
- Augusto** No lo estoy. Lo estuve esta mañana, lo estuve esta tarde cuando dudaba todavía, pero ya no lo estoy... ya veo claro... Esa mujer que recibía a su amante cuando su marido estaba trabajando, ¡eras tú! (*Cogiéndola de los brazos.*)
- Teresa** ¡Oh!
- Augusto** ¡Por eso estás mala, por eso estás nerviosa, por eso te arden las sienes y te abrasan las manos! (*Estrujándose las.*)
- Teresa** ¡Me haces daño!
- Augusto** Más daño me has hecho tú.
- Teresa** ¡Te juro!...
- Augusto** (*Soltándola.*) No mientas. Sobre todo no mientas. La verdad ante todo. ¡Siempre la verdad, aunque nos perjudique, aunque nos deshonre, aunque nos envilezca! ¡Siempre la verdad!
- Teresa** ¡Pues bien, la verdad! ¡Eso es mentira!
- Augusto** ¡Teresa!
- Teresa** Sí, es mentira. ¡Yo no te he engañado nunca, Augusto, nunca! (*Cayendo de rodillas ante él, llorando.*) ¡No dudes tú de mí!... ¡Yo te juro que todo eso que te han dicho es mentira!...
- Augusto** ¡Pero si no me lo ha dicho nadie! ¡Si eres tú la que me lo estás diciendo con tus nerviosismos, y tus palabras, y tus engaños, y tus mentiras!
- Teresa** ¡No Augusto, no!
- Augusto** ¡Sí!
- Teresa** ¡No!
- Augusto** ¡Pero no comprendes que es inútil... que la verdad se sabe siempre... que es muy posible que a estas horas, lo que tú no quieres confesar se lo haya dicho él a su madre! (*Vivamente.*) ¡No!
- Teresa** (*Precipitándose sobre ella.*) ¿Lo ves?
- Augusto** No puede decir nada porque no hay nada.
- Teresa** ¡Teresa!
- Augusto** No hay nada. Yo no te he engañado nunca.

- ¡Te lo juro, Augusto mío, te lo juro, te lo juro! (*Abrazándose a las piernas de Augusto, llorando.*) ¡Augusto, no dudes de mí! ¡Créeme, Augusto, créeme! (*Reteniéndole.*) ¿No me crees? (*Augusto, sin contestar, se desliga de ella y se deja caer en una butaca. Teresa cae de bruces sobre la alfombra llorando con desesperación.*) ¡Dios mío, no me crees! (*Pausa larga. Es de noche. Augusto, sentado en la butaca, está pensativo, con la frente en la mano. Ella, tirada en el suelo, llora desconsoladamente, desesperadamente. Augusto se incorpora de pronto; enciende nervioso la lámpara eléctrica que hay sobre la mesa del despacho; coge brutalmente a Teresa por las muñecas y la arrastra hacia él.*) ¡Ven acá; mírame! (*Cogiéndole la cabeza entre las manos, colocándola debajo de la luz y obligándola a que le mire.*) ¡Así, cara a cara... mírame bien!... Si mirándome así, ahora que estás llorando, me dices que es mentira, te creo. (*Ella trata de desviar la cabeza.*) ¡No vuelvas la cabeza!... ¡Mírame así... así!... Di... ¿es mentira?... No cierres los ojos... ¡Mírame! Di... ¿es mentira?... (*Con grandísima energía.*) ¿Es mentira?
- Augusto** ¡Es verdad! (*Augusto la rechaza brutalmente. Ella cae de bruces. Telón rápido.*)
- Teresa**

FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FRANCISCO REYES"  
SAN ANTONIO, MEXICO